

NAPOLEÓN ⁽¹⁾

POEMA

POR CARLOS RUBIO (1)

CANTO PRIMERO

Por la silenciosa atmósfera
Ruedan montañas de nubes,
Que como aves gigantescas
El azul del cielo encubren;
Y a lo lejos ronco trueno
Como presa fiera ruge,
Y las seculares rocas
Su rugido reproducen;
Más no las baña el relámpago
Con su amarillenta lumbre,
Ni las gotas de la lluvia
Con sus lágrimas inútiles:
Ni una ráfaga de fuego
Las secas hojas sacude,
Ni en la montaña se escucha
Rumor que su calma turbe,
Solo, el terror aumentando,
Del mar las ondas salubres
Braman lejanas, y á el alma
Pavor su bramar infunde;
Y algún ave de la noche
Que medrosa al nido huye.
Deja caer un gemido
Que la tempestad augure.
En silencio amenazante
Mar y tierra, hondas y nubes
Se miran cual dos atletas
Antes que iracundos luchen.
En la vida de los pueblos
También tal vez se producen
Esos momentos de calma
Cuando a sus tiranos sufren;

Y luego, sobre él cayendo
En roncós gritos prorrumpen,
Y como fieras a un niño,
Le devoran, le destruyen...
Más torna luego la calma,
Nuevo tirano los unce
A su carro, y nuevamente
Tornan a su servidumbrel

Entre las sonoras rocas,
Que centellean al choque
De sus férreas herraduras,
Baja un corcel a galope.
Negro y rápido parece
Un fantasma de la noche,
Y del sol de Africa brillan
En sus ojos los fulgores.
En él un joven, un niño,
Que viste el galo uniforme,
Como clavado en la silla,
Triste y silencioso corre.
Ancha es su frente que un caos
De pensamientos esconde,
Y anuncian sus altas miras
Sus aguiñas facciones.
Sus garzos ojos destellan
Miradas que ningún hombre
Resiste, y flota esparcida
Su cabellera eu desorden,
Cual la tostada melena
Del feroz rey de los bosques.

(1) Este poema se insertó por primera vez en la publicación «Eco de los folletines», tomo I, Madrid, 1854.

(2) Carlos Rubio firmó muchas de sus composiciones con el seudónimo de Pablo Gámbara.

Y caballo y caballero,
 Que desalentados corren,
 Son un huracán viviente,
 Un monstruo alado e informe.
 Al verlos, algún viajero
 Los creyera precursores
 De la tempestad, los genios
 Tormentosos de la noche.
 De una alemana balada
 Los misteriosos actores,
 Que del infierno salidos,
 Las soledades recorren.

—
 Algún día tan ligera
 Cual su corcel, á ese jóven
 Ha de llevar la victoria
 Eternizando su nombre;
 Pero hoy, del mundo ignorado,
 Perdido entre las legiones
 De los soldados franceses,
 Nadie su nombre conoce.
 Hoy una bala perdida
 Puede romper en su choque
 Ese huevecillo de águila
 Que al sol subir se propone;
 Puede romper la simiente
 Del cedro que á las regiones
 Del rayo alzará su copa,
 Dando sombra á todo el orbe.
 ¡Cuántos como él alentaron
 En sus fieros corazones
 Un alma, rayo divino,
 Que sería entre los hombres
 Como el brillante iucero
 Que al fin de la oscura noche
 Anuncia del nuevo día
 Los pálidos resplandores;
 Y un ignorado suceso
 Que en flor su existencia rompe,
 En tumba ignorada encierra
 Sus gigantes ambiciones!

—
 Es un soldado de Francia,
 Que de todas las naciones
 Conjuradas contra ella
 Resiste al furioso choque.
 ¿Quién olvida aquellos días

Que un sol de rojos fulgores
 Alumbró? ¿Quién aquel tiempo
 De amarguras desconoce?
 Gimió el rey de las selvas y el desierto
 A ebúrneo carro de victoria uncido,
 Que la tímida infancia conducía;
 Gimió el genio vencido
 Que aprisiona el Vesubio, y en sombría
 Ira las hondas de la mar rugieron,
 Cuando hollar sus dominios tormentosos
 La vencedora humanidad sintieron;
 Mas rompió su cadena el soberano
 Del bosque al fin, y quebrantó a sus dueños,
 Un mar de fuego consumió a Herculano,
 Y las deshechas naves,
 Al fondo del abismo descendieron;
 Y como yerta losa de sus tumbas
 Las majestuosas aguas las cubrieron.
 Así en cadenas vieron
 Siglos de hierro al galo, y con su sangre,
 Y con su llanto de amargura tinto
 El purpurado manto penetraron
 Del pasado en el fúnebre recinto.
 Mas resonó la hora de venganza:
 Cual soterrado viento, que agitando
 Sus gigantescas alas poderosas
 Se alza montes volcando,
 Alzóse el pueblo al fin: tronos y altares
 Como tronchados árboles cayeron;
 Calles y plazas fueron
 De sangre hirviente procelosos mares;
 Estremeciósse el mundo,
 Y vieron las naciones asombradas
 En silencio profundo
 Sobre negro cadalso áurea corona
 Y al verdugo erigido en soberano,
 Por cetro el hacha en la nervuda mano,
 La venganza por ley. Sobre las negras
 Nubes de tempestad, con ojos fijos
 Contemplaron cien sombras el agosto
 Sacrificio ofrecido por sus hijos
 A sus sagrados manes, y entonaron
 Un himno de victoria,
 Que cubrió los gemidos
 De la ofrecida víctima espiatoria.
 Víctima sí, que el pueblo enfurecido
 Al querer destrozar a sus tiranos
 Tropezó con el mármol de la tumba
 Que en su santo recinto los guardaba

El rayo de furor con que amagaba.
 Arrebatado en frenesí sangriento,
 Tornó a sus hijos, y se hirió á sí propio,
 Desesperado de su vano intento,
 ¡Día de eterna y funeral memorial
 Entonce heroes sin cuento
 Oh Francia, tuvo tu dorada historia.
 Los hijos de los nobles que supieron
 Esclavizar la gloria,
 Serenos al patíbulo subieron;
 Asentado en su tumba, la amorosa
 Lira pulsó el cantor cual tierno cisne
 Que con poética y dulce melodía
 Celebra su agonía,
 Y oriada en flores la doncella hermosa
 Se desposó contenta con la muerte
 Sin conceder sus quejas á la suerte.
 Solo tú, pobre rey, triste heredero
 De un vacilante trono,
 Gemiste al verle derroscarse; acaso
 Solo causó tu muerte tu flaqueza;
 Acaso si elevaras la cabeza
 Con ánimo valiente
 Te respetara tu fatal destino;
 Mas te humillaste al pueblo en su camino,
 Rodó su carro y quebrantó tu frente.
 ¿Qué fué entonces la corte disoluta
 Cuya orgía interrumpió súbito el trueno?
 Caídas las mesas, el licor vertido,
 La ajada rosa que ostentó en su seno
 La noble prostituta
 Fué con las rotas copas confundida,
 Y la gran corte de Voltaire atea,
 Cual nueva Magdalena arrepentida
 Corrió á verter su llanto
 A los piés del altar del templo santo.
 En ignorado monasterio humilde
 Al son de la tormenta fulminante
 Clamó con voz temblante
 A la divina hostia, cuya pura
 Sangre bautizó al pueblo en el Calvario
 Al redimirle de su suerte dura.
 Entonces, como suelen conjuradas
 Las fieras, en su número fiando
 Combatir al león, o cual airadas
 Las olas retronando
 El alto escollo derribar intentan,
 Las naciones de Europa en fiero bando
 Sobre Francia cayeron

Y entre sí repartírsela quisieron.
 Pero era Francia el templo consagrado
 A la naciente libertad, que hermosa
 Como ídolo de mármol, exhumado
 De entre el polvo de cien generaciones
 En la tumba de un pueblo,
 Pasmaba de entusiasmo a las naciones.
 Anjel de nueva aurora, estrella pura,
 Una era nueva presagiaba al mundo
 De paz y amor, de gloria y de ventura,
 En que el riego fecundo
 De la sangre en el Gólgota vertida
 Y de los sacros mártires el llanto
 Debía producir el árbol santo,
 Perdido en el edem, de nueva vida.
 Fué esta guerra su fiesta; para ella
 Como un arco triunfante
 Estendió Dios el iris por los cielos,
 El combate humeante
 La dió inciensos y música, y el ara
 Fué toda Europa en que la sangre noble
 De una generación se derramara.
 Génio de alas de fuego que ceñido
 De púrpura y de lauro coronado,
 En el carro feroz de la tormenta
 Presides las batallas, dolorido
 Pulsa el plectro acerado
 De Tirteo que un tiempo preparaste,
 Y alza un himno en honor de los valientes
 Mártires que inmolados en la sombra
 Y sepultados hoy en el olvido
 La fama al siglo porvenir no nombra.
 A ellos deben sus jefes la victoria
 A ellos debió la libertad su trono
 Y su fosa común en abandono
 Dejó siguiendo al vencedor la gloria.
 Cayeron abrazando su bandera
 Y volviendo los ojos moribundos
 A Francia, como el árabe a su Oriente
 Sin que en su humilde tumba tristemente
 Nadie á verter sus lágrimas viniera,
 Que como el pueblo de Licurgo un día,
 Francia por sus heridas no lloraba;
 Ante la rota lanza que arrancaba;
 De ellas, á su enemigo dirigía.
 Tan solo en el silencio de la noche
 Brilla sobre sus tumbas una estrella
 Melancólica y bella
 Y en un ciprés que en ellas ha crecido

El viento, conmoviendo su ramaje
Semeja un melancólico gemido.

—

Perdido como una ola
Entre las olas del mar,
Entre esta legión de Scévolas
Napoleón el corso va.
La patria le dió su espada,
Su beso la libertad,
Y morir por una y otra
Juró ante el sagrado altar.
Una mujer, una niña,
Angel en forma mortal,
Que con su amor santo y puro
Le hizo el cielo adivinar,
Le siguió con su mirada
Desde su isla natal
Como el amante heliotropo
Al sol que á otros climas va,
Y luego, como esas flores
Que de la noche en la paz
Cierran su cáliz de aromas
Durmiendo en la oscuridad,
Dóbló su lánguida frente
De sonrisa angelical,
Cerró sus azules ojos
De dulcísimo mirar,
Y en los brazos de la muerte
Durmió su sueño de paz,
Como un niño que se duerme
En el seno maternal.

—

Su amante supo su muerte,
Y á su humilde tumba va
A derramar una lágrima,
La última que ha de llorar.
Va á dar á su corazón
Su postrer adiós quizá,
A su corazón guardado
Por la losa sepulcral.
Un momento concedido
A humana debilidad,
Y luego al rudo combate
De la vida volverá.
La desgracia temple el alma,

Como las olas del mar
Arrecian algunas piedras
Y nueva fuerza las dan,
Por la senda del martirio
Se llega al arco triunfal,
Y con el dolor luchando
Se le vence nada mas.

—

Perdida entre las rocas
Cual perla que en la orilla
Bajando la marea
Dejó olvidada el mar,
Hay una humilde tumba
Que adorna cruz sencilla
Y Napoleón sus lágrimas
Allí fué a derramar.

—

La estatua de la tumba
Parece inmóvil, yerto,
Solo, en la noche oscura
Que un astro no alumbró:
Su porvenir entero
Allí reposa muerto,
El porvenir al menos
Que en su ilusión soñó.

—

¿Qué importa que la vida
Le brinde triunfos, glorias,
Un puesto entre los héroes,
Un trono, hasta un altar,
Si aquella cuyo nombre
Resume sus memorias,
Sus glorias y sus triunfos
No habrá de presenciar?

—

Murió; una humilde cifra
Que el peregrino huella
Grabada en una losa
Solo al morir dejó.
Todo está mudo, inmóvil,
Oscuro, en torno de ella,
Como para él perdiéndola,
El porvenir quedó.

Plegaria

I

Aquí vengo a llorar sobre tu losa,
A recibir tu adiós y darte el mío...
Tú tan pura, tan buena, tan hermosa,
Eres astro apagado, ajada rosa,
Solo un cadáver friol
Estrella de mi infancia nebulosa,
Tu amor abrió las flores de mi alma,
Y contigo las llevas, cual la bella
Primavera al partir las dulces flores,
Que en el prado vertieron los amores,
Que vinieron con ella.
De ellas, como de tí, no queda nada
Sino un sepulcro mudo?
Quién sabe; el sol termina su jornada,
Mas no muere al velarse a nuestros ojos,
Que á otra región dorada
Va á derramar sus resplandores rojos.
Quizá así los que mueren, á otro mundo
Mas venturoso vuelan;
¿Quién se atreve á creer junto a la losa
De la mujer querida,
Que entera allí reposa?

II (1)

Esposa, hermana, amiga, ¿qué otro nom-
(bre
Mas dulce podré hallar para nombrarte?
Todos cuantos amores tiene el hombre
Cifré yo en tu amor único al amarte.

¿Cómo me dejas sin camino, ciego,
En la riscosa áspera pendiente,
Que solo alumbra serpenteando el fuego
Del rayo al estallar sobre mi frente?

Mi guía un tiempo y compañera fuiste,
Un tiempo que olvidar en vano anhelo;
Sin duda te ofendí y al cielo huíste...
¿Quién podrá amarte como yo en el cielo?

(1) Esta estrofa es una imitación de las bellísimas «cántigas» de Doña Carolina Coronado. En este estilo, el más audaz no se atrevería a ser original, y hay hasta arrogancia en querer ser imitador de la poetisa.

Tengo celos de Dios... Vuelve, paloma,
Vuelve a mi corazón, que él es tu nido;
De la flor de mi alma dulce aroma,
Dulce aura de mi aliento, ¿dó te has ido?

Oh! vuelve, vuelve ya... ¿qué te retarda?
Como el niño a su madre yo te amo,
Como el huérfano al ángel de su guarda,
¡Y no vienes a mí cuando te llamo!

II

Brilla tranquila la luna
En el limpio azul del cielo,
Y argenta su luz de hielo
El cristal de la laguna.

Un viajero que la mira
Ve reflejado en su undoso
Cristal un ángel hermoso
Que a los cielos se retira.

Le cree la ninfa bella
Del agua, y con la esperanza
De desposaría, se lanza
A la laguna tras ella.

Y al hundirse y al volver
Los ojos al firmamento
Vé al ángel con vuelo lento
Hacia su patria ascender.

IV

Ayl el mar del dolor era el espejo
Que pintaba tu imagen, ángel mío,
Mi locura abrazar quiso el reflejo,
Y encontró un desengaño ya tardío.

Subiste al cielo perfumando el viento:
Si te ofendí, perdona mis agravios...
Tuyo es, bien mio, mi postrer aliento,
Desciende a recogerle de mis labios.

Afinojado en la yerba
Que con su llanto rocia,

Así el desolado amante
 En su soledad suspira,
 Y al parecer nadie escucha
 Sus palabras doloridas,
 Que caen como las lágrimas
 En la estéril piedra fría.
 Las mas fieras tempestades
 Hieren las mas altas cimas,
 Y el dolor las grandes aimas
 Con mas fuerza martiriza.
 El corazón de los hombres
 Que el mundo postrado admira,
 Y á cuya augusta memoria
 Templos y altares dedica,
 Casi siempre se asemeja
 A la áridas ruinas
 Del olvidado desierto
 Dó Babilonia existía.
 Vasta soledad sin flores,
 Solo en ella se alza altiva
 Una palma que la tumba
 De todo un mundo cobija.

Blanda, rosada, lumbre melódiosa
 Como la luz de un alba que naciera,
 Nuncia de un sol de la mortuoria losa,
 En las calladas sombras reverbera,
 Y en medio de ella vaga y misteriosa
 Como ángel puro que dejó su esfera,
 Una mujer se eleva dolorida
 De la celeste claridad ceñida.

Vano fantasma de fébril delirio
 Por su impalpable vaguedad parece;
 Ciñe su frente el lauro del martirio
 En que un áureo lucero resplandece;
 Es su sonrisa triste como el lirio
 Que sobre tumba virginal florece,
 Y en sus ojos de amor descubre al alma
 El mar inmenso del amor en calma.

La blanca nube de quemado incienso
 Que se levanta de la sacra pira,
 A semeja al cendal que cubre denso
 Su cuerpo que á la nieve envidia inspira,
 Y asciende lenta en el espacio inmenso

Como la fada que en los aires gira,
 Al nacarado rayo de la luna
 Formada del vapor de la laguna.

¿Era un genio de amor? En nuestra era
 Por el escépticismo gangrenada,
 Arbol en el invierno que perdiera
 Flor á flor su guirnalda perfumada
 De celestes creencias, ¿quiéu creyera
 En esos genios que anunció inspirada
 La lira del cantor consoladora
 Del virgen mundo en la primera aurora?

Fuerza será explicar el nacimiento
 Y esencia de estos seres superiores,
 Que flotan impalpables en el viento,
 Que habitan en el iris de colores,
 De la luna en el rayo ceniciento
 Duermen, y en el capullo de las flores,
 Y al luchar en las aéreas soledades
 Forman las tremebundas tempestades.

En la profunda tumba, inmensa y fría
 De la insondable eternidad, que muda,
 Como ave gigantesca que su cria
 Cobija inmóvil, noche eterna escuda,
 Como un embrión informe todavía
 En el materno vientre, gira ruda
 La viviente materia conmovida
 Por el latente gérmen de la vida.

Cual la electricidad de los metales
 Brotan de las materias combinadas
 Las ocultas aun fuerzas vitales
 Por sus mismos principios engendradas,
 Y juntando sus fuerzas desiguales
 Revuelven las materias inflamadas
 Hasta reunir las en inmensa esfera
 Que reuna en sí la creación entera.

Parece una serpiente de colores
 Que de su propia cola se mantiene,
 La inmensa creación, de brilladores
 Mundos anillos que girando viene

En torno á los eternos resplandores
Del lucero de amor, lumbrere perene
Que eterna en medio del abismo brilla
Como la luz de funeral capilla.

—
Y cada mundo en forma y en destino,
A cada instante con la edad varía;
Primero ardiente informe remolino,
Luego almo sol, después luna sombría
Que terminado su vital camino
Muere como un anciano, y de su fría
Ceniza que con otras se confunde,
Un nuevo mundo, un nuevo sol se funde.

—
Fué nuestro mundo en su primer ins-
(tante.
Embrión de fuego, caos encendido,
Sin rumbo fijo nubarrón flotante
Entre la oscura inmensidad perdido,
Rápido remolino curruscante
Que cual polvo y follaje confundido
Quizá arrastraba entre sus pliegues rojos
De otros cien mundos muertos los des-
(pojos.

—
Ni á otra ley que á su propio movimiento
En su ruda carrera obedecía,
Ni entre los otros mundos un asiento
Cual rueda de una máquina tenía;
Mezclábase con ellos turbulento
Como huracán de fuego, y encendía
Las formadas esferas que tocaba
Y en su raudó pasar las arrasaba.

—
Despojo por la muerte abandonado,
Monstruoso feto de futuro mundo,
Era por fieros mónstruos habitado
Engendros de su seno aun mal fecundo;
Porque el vital espíritu encerrado
De aquella enorme masa en lo profundo,
Hervía, y fermentando desbordaba
Y como espumas negras los lanzaba.

—
Ellos en un principio solos fueron
Del mundo habitadores; mas rodando

Las ardientes ruinas se fundieron
Un puesto entre los mundos ocupando,
Y en vez del feto informe que antes vieron
Las esferas atónitas rodando,
Rico de vida y luz entre arreboles
Apareció un sol nuevo entre los soles.

—
Y como aroma natural de aquella
Flor del espacio abierta a nueva vida,
Una generación radiante y bella
La cubrió por su lumbrere producida
Y luchó con los mónstruos que con ella
Aun mantienen la lucha fratricida,
Pues hijos son de un padre, el amor santo
Que á los mónstruos maldijo con espanto.

—
Y estos génius también son materiales,
Aunque mas pura su materia sea,
Mas no podemos verlos los mortales
Ni aun fingirnos su forma en nuestra idea,
Que como al árbol de hojas desiguales
Falta un sentido con que al hombre vea,
También faltan al hombre otros sentidos
Por do ellos puedan serle conocidos.

—
Tal vez se mezclan en la vida humana
Y un cuerpo humano por asilo toman,
Y al eco solo de su voz tirana
Para su carro las naciones domanan,
Fulminan su mirada soberana
Y de la ciencia el pedestal desploman,
Y muestran sonriendo al mundo todo
Sus rotos restos de dorado lodo.

—
Entre ellos es el mas bello
El ángel de los poetas,
Guardador del sacro *fiat*
Que del sumo amor hereda.
Blanca túnica le ciñe,
Emblema de su pereza,
Son el amor y la gloria
Las dos alas con que vuela;
Ciñen laureles dorados
Su dorada cabellera,
Que cual cascada abundante

Desciende de su cabeza,
 Y con sus rosadas manos
 La dorada lira temple,
 Y adormeciendo los ojos
 Que la eternidad reflejan,
 Entona un himno que todas
 Las melodías encierra,
 Rocio de melodía
 Que hasta las almas penetra.
 Los cantares con que halagan
 El oído los poetas,
 Y que en la lira del alma
 Despiertan dormidas cuerdas,
 Son reflejos de los himnos
 De aquella arpa de oro escelsa,
 Ecos perdidos que al mundo
 Entre rancos truenos llegan,
 Como en tempestuosa noche
 Entre las densas tinieblas,
 El melancólico rayo
 De una solitaria estrella.

—
 Con blanda voz de mágica duizura
 Como la voz con que su amor confía
 Bañada de rubor la virgen pura
 A su joven amante,
 Y así par de la ternura
 De la de madre que acaricia al niño,
 Tierna flor de legítimo cariño
 Habla la sombra. Napoleón de hinojos
 La oye como Moisés á Dios un día,
 Inclina los ojos,
 Cuando las sacras tablas recibía.
 Y bañada en sudor la angusta frente,
 Ceñido el pecho de placer y susto,
 Desfallecer se siente
 Ante el misterio de la muerte agosto.

—
 Francés guerrero, dice, no conviene
 Femenil llanto ni infantil gemido
 En quien un puesto entre los héroes tiene
 Y un lauro en sangre humana humede-
 (cido.

Ni ¿á qué llorar por la mujer querida?
 No es espuma que el viento desvanece;
 La muerte es ilusión; dura la vida
 Lo que la creación: nada perece.

Yo, invisible á tus ojos, tu camino
 Constante guiaré, como la estrella
 Que guía en el desierto al peregrino,
 Como el fanal que en el peñón destella.
 En la liza tu escudo de diamante,
 Cuando duermas en paz, del mundo dueño,
 Cual la palmera su dosel flotante
 Mis alas tenderé sobre tu sueño.

—
 Sierva humilde en las gradas de tu trono
 Será mi voz la que tus triunfos diga:
 Si un día perseguido en tu abandono,
 Lloras, seré tu cariñosa amiga.

—
 Y cuando, rotos los humanos lazos,
 Toques del infinito la ribera,
 En ella abiertos hallarás mis brazos
 Cual los de esposa que a su esposo espera.

—
 Marcha pues; la victoria tu camino
 De flores cubrirá de Ocaso a Oriente,
 Crinado astro de fuego, tu destino
 Entre dos siglos lucirá esplendente.

—
 Dormirás en tu carro de victoria
 Por impávidas águilas llevado
 Del Tíber al Nilo, y sonará tu gloria
 En el desierto inculto e ignorado.

—
 Y á tí, á tí, hijo del pueblo, cuantos reyes
 Ciñen la corona adorarán de hinojos,
 Y como esclavos por cumplir tus leyes
 Espiarán las miradas de tus ojos.

—
 Tú debes empezar la nueva era,
 Moisés y César de la edad futura;
 El mundo todo tu palabra espera;
 Guía su marcha entre la sombra oscura.

—
 El pueblo en el Calvario redimido,
 Huérfano por tutores espoliado,
 Hasta hoy entre cadenas ha gemido
 Y del pan del dolor se ha alimentado.

Hijo del pueblo, el suyo es tu derecho;
De tí fia el alivio de sus penas,
Fuerza tiene tu mente y fé tu pecho:
Rompe pues de tu padre las cadenas.

—
Dice, y su aureola célica
Se eclipsa lentamente,
Cual la del sol vivífico
Que llega al Occidente,
Cual de una amada esposa
Los ojos al morir.
Torna a su calma fúnebre
El monte solitario,
Torna a vestir la atmósfera
Su manto funerario,
Y torna entre los árboles
El buho á su gemir.

—
Napoleón su espíritu

Desfallecido siente,
Como al volver el náufrago
Del vértigo reciente,
Con religioso miedo
Tembló su corazón.
Gira la vista atónita
La noche interrogando:
Todo es silencio lóbrego...
Solo se oye rodando
Lejano trueno cóncavo
Cual rugidor león.

—
Da á la tumba su última mirada
Y aiéjase de allí. Pronto en las rocas
Resuena el galopar de su caballo
Que se pierde a lo lejos, y en la sombra
Y en el silencio el monte confundido
Queda como la tumba silenciosa
Do yace muerto el corazón del hombre
Que hará su espada el cetro de la Europa.

CANTO SEGUNDO

París se despierta atónito
Al clamor de sus campanas,
Y al tronar con que ensordecen
El eco entonó las salvas.

Colgadas están las calles,
Enarenadas las plazas,
Y ventanas y balcones
Poblados de hermosas damas.

La multitud que se agita
En vivientes oleadas,
Como en un día de fiesta
Viste sus mejores galas.

Y cual murmuran las olas
Al espirar en la playa,
O mecido por el viento
Inmenso bosque de palmas.

Murmura por todas partes
Un zumbido sin palabras,
Que formado de cien voces
Venturosas se levantan.

¿Quién diría que produce
Esa fiesta, esa algazara,
Para adular á un tirano
Que arroja por fin la máscara?

¿Más qué tirano no tuvo
Un pueblo que le ensalzara,
Si la flaqueza del pueblo
De los tiranos es causa?

Ella los engendra, ella
Para volar les da alas,
Y de los crímenes de ellos
Ella debe ser culpada.

El pueblo es erial terreno,
Estéril en la ignorancia,
Pero que rica cosecha
Producirá si se labra;

El que quiera hacerle libre,
Déle en la instrucción un alma,
Y hágale vivir por ella,
Que no puede ser esclava.

Napoleón sale armado
De su tienda de campaña,
Y de un nuevo trono sube
Las poco seguras gradas.

El hijo del pueblo impone,
Con el cetro de su espada,
Temor á toda la tierra,
Su voluntad á la Francia.

Meteoro curruscante
De crines ensangrentadas,
¿Cuánto durará tu día?
¿Dónde caerás cuando caigas?

—

Como las tempestades de los mares
Las plantas de su fondo al cielo llevan,
Así las turbaciones populares
Ignorados espíritus elevan;
De su siglo brillantes luminares
Los prodigios históricos renuevan,
Y su vida, que eternamente dura,
Dan á la duda de la edad futura.

—

Así Napoleon al apogeo
De su gloria subió: ¡a ola sangrienta
De la revolución como un trofeo
Le alzó sobre la Europa turbulenta;
Rey de un pueblo de Brutos, su deseo
Fué su ley, y templando en la tormenta,
No conoció en sus planes colosales
Ni obstáculos, ni miedo, ni rivales.

—

Reyes unció á su carro de victoria,
Y tras de sí llevó pueblos enteros;
Fué de la tierra el árbitro en su gloria
Y la dió por botín á sus guerreros;
Anacrónico César, de su historia
Asombrados los siglos venideros,
Dudarán, presumiendo que Lutecia
La inventó cual sus fábulas la Grecia.

—

La predicción del alma enamorada
Entera se cumplió; más ¡ay! que olvida
El nuevo César su misión sagrada,
Y olvida al pueblo que le dió la vida.
Por pueril vanidad atormentada
Su alma de fuego, loca y engreída,
La causa de los pueblos abandona
Para ceñirse la imperial corona.

—

El moderno Mesías de la guerra
Un rey vulgar será; nuevo tirano
Que con su pié sojuzgará la tierra

Teniendo el rayo en la nervuda mano:
No eterno sol que oscuridad destierra,
Relámpagos de nube de verano
Pretende ser, y atrasa furibundo
La apetecida libertad del mundo.

—

El, de la libertad hijo querido,
Mata á su madre en su insensato anhelo
Sin escuchar su lánguido gemido
Ni el anatema que le lanza el cielo.
¿Quién, quién así su alma ha seducido?
¿Quién le cubre los ojos con el velo
Del error? ¡Ay! un genio funerario,
De nuestra santa libertad contrario.

—

Quando ella comenzare su reinado,
El morirá como la sombra muere
Ante el ardiente sol de luz bañado
Que con dardo flamigero la hiere:
El de la redondez la ha desterrado
Del mundo, y para siempre ahogarla quiere
Mas por fortuna sonará una hora
En que ella resplandezca vencedora.

—

Sí, la sangre en el Gólgota vertida,
De tantos siglos el continuo llanto,
Y de la humanidad desfallecida,
La fé constante y el anhelo santo
Vanos no habrán de ser: esta querida
Esperanza que alivia en su quebranto
Al alma; este deseo, son reflejos
De un porvenir que vemos desde lejos.

—

Todo está muerto y agostado en torno
Como en torno del lago de Sodoma;
La planta momia allí no presta adorno
Desnuda de color, falta de aroma;
Quemante como el hálito del horno,
El venenoso ambiente que se asoma
A la tartárea gruta quema y mata
Cuanto intenta brotar la tierra ingrata.

—

Ni la anillosa sierpe forma nido
Entre aquellos peñascos temerosa,

Ni el sediento león acude herido
A beber de aquel agua cenagosa:
Si un pájaro quizá cruza perdido
Aquel lugar que mortandad rebosa,
Cae bebiendo su atmósfera en su vuelo
Envenenado y corrompido al suelo.

—
Inmóviles las aguas pestilentes
De verdoso color que espesa el cieno,
Ni reflejan el cielo transparentes,
Ni el aura riza su tranquilo seno.
Lápida sepulcral que los rugientes
Vientos no turban, ni conmueve el trueno,
Aquella agua parece detenida
Mas allá de los lindes de la vida.

—
Si es la tumba de un pueblo maldecido
O de las pestes la mansión, se ignora;
Que pisada mortal no se ha atrevido
A violar sus contornos hasta ahora;
Solo en la noche ciega se ha creído
De lejos ver que cárdeno colora,
Exhalado del lago la alta cumbre,
Escaso resplandor de férrea lumbre.

—
Allí vive un espíritu maldito
De los genios de fuego el mas ardiente;
El mundo recorrió, y en él ha escrito
Con sangre su camino: no hay quien
(cuenta
De víctimas el número infinito
Que su furor sacrificó, y presente
Doquier, doquier aun pueblos asola,
Generaciones por doquier inmola.

—
Era una tarde: el alto firmamento
Como un toldo el nublado oscurecía,
Y en su seno agitándose violento
Feto del rayo el trueno ensordecía;
El rápido relámpago sangriento
En espiral de lumbre descendía,
Y á torrentes el agua que bajaba
Con un nuevo diluvio amenazaba.

—
Napoleon perdido en la espesura,

De su caballo ahijaba la carrera;
Mas no hallaba salida á la llanura
Ni abrigo alguno en la tormenta fiera;
Solo vió por su negra desventura
El antro en que el terrible genio impera,
Y fatigado é ignorando el miedo,
En él quiso acogerse con denuedo.

—
En vano su corcel se encabritaba
Olfateando el peligro; en vano bronco
El cielo retirarse le ordenaba
Con el rugido de su trueno ronco;
Napoleón de la lucha se irritaba,
Y atando su corcel á añoso tronco,
Con paso firme, entre la breña dura,
Buscó camino á la caverna oscura.

—
Al llegar á la boca cavernosa
De la gruta infernal, rodante trueno
Conmovió la montaña peñascosa
Soterrando rodando en su hondo seno;
Chocáronse las rocas; tormentosa
Su agua el lago agitó siempre sereno,
Y pareció que el orbe en la agonía
Como al morir Jesús se conmovía.

—
Y como inmenso cráter, desgarrando
Su boca la caverna, un mar de lumbre
La tierra en torno rápida inundando
Se reflejó del cielo en la alta cumbre.
Era oceano flamígero flotando
Bajo cobrizo cielo, y al vislumbre
Víanse en la caverna vagorosas
Pasar y repasar sombras medrosas.

—
En medio de ella alzábase gigante
Descarnado esqueleto que ceñía
A su frente corona curruscante,
Y en purpurado manto se envolvía;
Cual manojó de dátiles flotante
La amarillenta mano que estendía,
Parecía amenazar con su exterminio
Al que violar osaba su dominio.

—Detente, temerario, con árida
 Voz exclamó: detente; nadie puede
 Violar impune mi real morada,
 Sin que sujeto á su dominio quede;
 Tu alma queda á mi cetro esclavizada,
 Y como á mi poder ninguno escede,
 Durará, sin jamás ser redimida
 Tu esclavitud lo mismo que tu vida.»

—
 «Posees superior naturaleza
 A la naturaleza vil del hombre,
 Y por eso en un cielo de grandeza
 Como astro nuevo brillará tu nombre,
 Ceñirá aurea corona á tu cabeza,
 Y haré que tu camino el lauro alfombre,
 Pero constante abrazará tu alma
 Mi sed ardiente que jamás se calma.»

—
 «Poderoso te haré, mas solitario
 Al poseerie, en tu insensato anhelo,
 El mundo entero juzgarás precario,
 Y nuevos mundos pedirás al cielo;
 Será el manto imperial rojo sudario
 Que envolverá tu corazón de hielo,
 Y el fulgor con que ufano respandezcas
 Será la ardiente llama en que perezcas.»

—
 «Vé, yo tu aima seré, yo tu destino:
 Eres presa que el águila arrebató,
 Planta que de la orilla, en su camino,
 Arrancó la violeta catarata.
 ¿Cómo has de resistirme? Yo termino
 Y empiezo el golpe en que tu pecho lata,
 Enciendo tu deseo omnipotente,
 Y soy el pensamiento de tu mentel»

—
 Tal dijo el genio: y desde aquel mo-
 (mento
 Napoleon el grande fué en la tierra
 Su humana encarnacion, astro sangriento,
 Huracan de poder, rayo de guerra:
 La Europa entera fué su campamento,
 La humanidad su esclava, y cuanto en-
 (cierra
 El mundo fué botin de sus soldados.
 Por él del polvo al trono levantados.

En la puerta de la iglesia
 Los cardenales aguardan
 Al nuevo Saul que debe
 Ungir por su mano el papa;
 Y las tropas en dos filas
 Contienen las oleadas
 Del apiñado gentío
 Que de la pompa se paga.
 El sol su luz multiplica
 En las relucientes armas,
 Y caldea aquellas frentes
 En los combates tostadas.
 ¿Por qué la gente se agrupa?
 ¿Por qué las madres levantan
 En los brazos á sus hijos?
 ¿Por qué resuena esa salva
 De aplausos? ¿Es que ya viene
 El César? No: es que en la plaza
 Desemboca majestuoso
 Con su comitiva el papa.
 Miradle, va revestido
 Con las opulentas galas
 De los santos sucesores
 De Pedro, que su cabaña
 Dejó por seguir á Cristo,
 El Mesias de la santa
 Religion de la pobreza
 El que el lujo condenaba.
 Si los ascéticos padres
 De la comunión cristiana
 De sus seculares tumbas
 La desnuda frente alzaran,
 Sin duda le juzgarian
 Un orgulloso monarca.
 ¿Cómo conocer en él
 Al apóstol de la causa
 De los pobres, al humilde
 Consolador de las almas?
 Llegado al pórtico ofrece
 La aspersion al pueblo, y alzan
 Los cantores sus acentos
 Entonando oración sacra.
 Así el pueblo de Israel
 Yendo cautivo, entonaba
 Los salmos de su creencia
 Como un adios á su patria;
 Tambien la iglesia de Cristo
 Viene hoy en su jefe esclava
 A consagrar á un tirano

Que hace un cetro de su espada.
 Pero en su fé menos firme
 Que lo fué la iglesia hebraica,
 Sacrificará sumisa
 Al idolo de la Francia.

—
 De nuevo la apiñada muchedumbre
 Se agita redoblando el clamoreo
 Que se une al voltear de las campanas,
 Al tronar de la ronca artillería,
 Y al compás de la música armonía.
 El César viene al fin. Los reyes de armas
 Y los pajes le anuncian; luego vienen
 Dos mariscales con el cetro augusto,
 Férrea corona y centelleante espada
 De Carlo-Magno el imperial coloso,
 Estátua entre dos épocas aizada
 Que sostuvo en su mano levantada
 El imperio de Europa poderoso.
 Sigue Berthier que lleva el globo, imagen
 Del mundo, y á su lado
 Un chambelan con la bandeja de oro
 Para poner el manto purpurado.

—
 Majestuoso, altivo el nuevo César,
 Ceñida la corona refulgente
 En la serena frente,
 Marcha detrás. Las orlas de su manto
 Dos príncipes levantan, y en su diestra
 El signo del poder y la justicia
 Cual imágen de Dios al orbe muestra,
 Con él van sus antiguos compañeros
 Ahumados por el humo del combate,
 Aguilas imperiales que no abate
 Sino la calma, y duermen en su vuelo
 Como el ave del cabo tormentoso
 Cuando la tempestad incendia el cielo.
 ¡Salve de heroes escuadron glorioso!
 Aquel de frente pálida que un triste
 Presentimiento en su mirar revela
 Es Lannes, el Rolando del ejército:
 En torno suyo vuela
 Como el buitre en redor del moribundo,
 El invisible arcángel de la muerte
 Con su llameante acero furibundo
 Apercebido á quebrantar el fuerte
 Lazo de amor que él solo romper osa
 Y que une á Lannes y su bella esposa.

¡Pobre mujer! Cual tórtola viuda
 Pasará en tristes lágrimas el día
 En soledad umbría,
 Y cuando el vuelo tienda noche muda
 Robándose á la fiesta como amante
 Llegado de la cita al tardo instante,
 Amante y solitaria
 A la tumba que encierra sus amores
 Descenderá á llorar una plegaria
 Sobre la losa derramando flores.
 El mundo á Laura y Eloisa admira:
 ¿Qué falta á tu dolor, augusta dama,
 Para honrar á la fama
 Sino sonar en acordada lira?

—
 Detrás va Ney, valiente entre valientes,
 De áspera lengua y ánima templada
 Como su ardiente espada
 Al fuego del cañón, cual los nerviosos
 Audaces cazadores
 Del brasileño tigre, necesita,
 Para animar su vida, los horrores
 De la batalla que su pecho agita
 Presta fuerza á su brazo omnipotente
 Y dá acierto á su voz, luz á su mente.
 Con él marcha Duroc, fuego entre hielo,
 Del nuevo César el mejor amigo,
 Y que está destinado por el cielo
 A ser precio de un triunfo glorioso:
 Sobre su herido pecho moribundo
 Verterá Napoleon las solas lágrimas
 Que habrá de verle derramar el mundo.

—
 Tambien va Daumesnil, nuevo Leonidas
 A quien Napoleon la vida debe
 Y Murat, huracan de las batallas,
 Y otros cien y otros cien que, ¿quien se
 (atreve
 A enumerar los héroes de aquel pueblo
 Con sangre amamantado
 Y al son de los combates arrullado?
 La mirada de un génio vivifica
 Las almas, y produce otros cien génios
 Que honor dan á su historia,
 Cual las crines de un astro chispeantes
 Lanzan en el espacio curruscantes
 Los satélites hijos de su gloria.

¿Qué ha sucedido? Un suceso
 Estraño, la ceremonia
 Suspende, cual un espectro
 La bacanal borrascosa.
 Así la antigua Pompeya
 Oyó dar su última hora
 En el reló de los siglos
 Poblando el circo gozosa,
 Y los que empezará gritos
 De alegría, con voz ronca
 Concluyó en un ¡ay! de muerte
 Que hizo retemblar las rocas.

—
 Napoleon, que empuñando
 El águila victoriosa
 Marchó en la lid siempre osado,
 Tiembla y se detiene ahora:
 Su frente que la mirada
 De la muerte altiva afronta,
 Por primer vez palidece...
 ¿Qué terrores le acongojan?
 Quizá Dios con invisible
 Rayo su pecho destroza,
 Porque en la arca de la ley
 Sacrílega mano posa.
 ¿Será un ejemplo á los siglos
 Desde lo alto de su gloria
 Cayendo como Luzbel
 Cando al fin ansiado toca?
 No; impenetrable el destino
 Le deja marchar, le otorga
 Los vedados homenajes
 Que en su delirio ambiciona,
 Le permite que á su orgullo
 Haga el sacrificio idólatra
 De la libertad del mundo
 Porque aun reinar no la toca,
 No ha de cimentar su trono
 La guerra; que ella no adorna
 Su frente con rojos lauros,
 Sino con oliva y rosas.
 La industria, la hija querida
 De Dios, las artes hermosas
 La traerán, y entrelazando
 Unas naciones con otras
 Harán una gran familia,
 No solo de nuestra Europa,
 Sino de todos los pueblos
 Que el sol con sus luces dora.

En la puerta de la iglesia
 Cual dos estátuas marmóreas
 Ve Napoleon sus dos genios
 Que el paso al altar le estorban.
 El solo los ve, invisibles
 Para las miradas todas
 Como los remordimientos
 Para él solo cuerpo toman.

El Genio Bueno

Detente, temerario,
 No irrites a tu Dios
 Que puede derrumbarte
 Lo mismo que te alzó.
 Te envió como un profeta
 Heraldó de su voz
 A redimir al mundo:
 Acaba tu misión.
 O cuando se termine
 Tu día de esplendor
 Fulminará en tu frente
 Su justa indignación.

El Genio Malo

La fuerza de tu brazo es tu derecho,
 Obra tuya la gloria,
 A quien el ancho mundo viene estrecho;
 Tú eres tu solo Dios, tú quien ha hecho
 Esclava la victoria.

—
 Sigue: tocas al fin de tu jornada,
 Y coronar es justo
 Con la imperial diadema tu sagrada
 Frente ya en el combate coronada
 Con laurel mas augusto.

—
 Tú harás feliz a Francia: aun no conviene.
 La libertad al mundo, aun es un sueño:
 Mar despues de un diluvio, Francia tiene
 Necesidad de un dueño que la enfrene.
 Sé tu su único dueño.

—
 Tú que á sus enemigos quebrantaste,
 Su gloria has consagrado,

Sus confundidas leyes ordenaste,
Y de nuevo las aras levantaste
De su templo arruinado.

Su fé, su gloria y su injusticia han sido
Las obras que tú has hecho:
Francia entera es tu obra; te ha elegido
Por su señor, porque ha reconocido
Tu paternal derecho.

Napoleon vacila. Siente el pecho
Temblar; mas vence al fin su genio malo.
«La religion consagra mi derecho.»
Dice, y entra en el templo. La armonía
De los himnos y vivas nuevamente
Llena el espacio, y como mies que el viento
Agita biandamente
La multitud se agita. Solo triste
Ahogado entre los gritos de alegría
Se levantó un gemido:
El del genio del pueblo dolorido,
Que de la Francia para siempre huia.

CANTO TERCERO

En el medio de un mar sin horizonte
Se alza como una palma en el desierto
Arido, seco, peñascoso monte,
A medias por las aguas encubierto.

Producto acaso de volcan tremendo
La abraza un sol de fuego eternamente,
Y ronca tempestad hiere rugiendo
La corona de rosas de su frente.

Nido de la marina gaviota
Quizá fué un tiempo y del cóndor asilo;
Hoy britano pendon en ella flota,
Y á su pié un pueblo inglés vive tranquilo.

Y á ese peñon perdido entre los mares,
A ese nido de águilas marinas,
A ese montón de piedras seculares,
Quizá caos de históricas ruinas.

Cruel encadenara la Inglaterra
Como fiera feroz, como un vestigio
Al árbitro en Europa de la guerra,
Señor del mundo y semidios del siglo.

Que los tiempos magnánimos pasaron
En que un hogar Temístocles hallaba
Entre sus enemigos, que guardaron
La hospitalaria ley que él reclamaba.

Es la hospitalidad ley de salvajes
Como lo es el respeto al heroismo,
La civilizacion solo da ultrajes
Al valor que ha caído en el abismo.

Ignora la piedad, y vanidosa
Agitando ella misma su incensario,
Se llama noble y grande, y generosa,
Y perdonar no sabe á su contrario.

La política ordena su esterminio,
La egoista razon de conveniencia
Que ha estendido doquiera su dominio
Matando la grandeza y la conciencia.

¡Héroes, pasad cual vuestro siglo! ahora
Ofendeis á este siglo de pigmeos,
Que con títulos vanos se decora
Presumiéndose abortos gigantesos.

Si caeis no espereis que él os socorra,
Porque jamás á compasión se mueve,
Que perdona el leon, pero la zorra
La yerta sangre del cadáver bebe.

Allí está Napoleon: el que sostuvo
Lucha indecisa con el mundo entero,
Allí está, no humillado, aunque vencido.

¡Respetad su desgracial Prisionero
De su enemiga Albion, como en un manto
Se envuelve en su silencio majestuoso,
Y en su lenta agonía aun orgulloso
Ni un suspiro murmura su quebranto.
Morirá como héroe él que ha vivido
Como héroe y como rey entre los reyes:
Jamás tan grande el mundo le ha creído
Ni jamás fué tan grande en su grandeza.
¡Respetad su desgracial Ya ha caído!

—
Como las confusas sombras
Que la lámpara espirante
Agita en redor, recuerdos
De sueños y realidades
En torno de él congregados
Al par le agitan y abaten,
Encendiendo sus deseos,
Remordiéndole infernales.
Quizá entonces á su alma
Se revela ya hartado tarde
La única verdad del mundo,
Que entonces, como un cadáver,
Puede disecar la vida
Y analizar sin turbarse,
La eternidad, que á sus ojos
Tardo desengaño abre.

—
¿Quién dirá lo que medita
Cuando al declinar la tarde
Solo, inmóvil, en su roca
Contempla los anchos mares?

—
El mar... imagen del pueblo
En quien flotan vacilantes
Los tronos, cual las espumas
Flores del agua y el aire,
Cuando lucha con el cielo,
Único rival que alcance
A despertar sus enojos
¿Quién hay que su furia iguale?
Respetar el tiempo su frente
Que no marcan las edades
Con su sello, y en su sueño
Solo osa el hombre surcarle,
Y en sus arenas dormido

Inmenso e impenetrable,
Sublime es para el poeta
De la eternidad imagen.
Da al alma un presentimiento
De inmortalidad, y hace
Que sus pesares olvide
Confundiéndola un instante
En la creación inmensa
De que ella es chispa impalpable,
Átomo que del Ser único
Cual formó formará parte.
Oh inmenso mar! quién pudiera
Imitar en sus cantares
El murmullo de tu calma,
La voz de tus tempestades!
Quién hallará melodías
Para hacer latir, cual late
Al escucharte mi pecho,
El del mundo al escucharme

—
Medita en su caída. Ha pretendido,
Sobre sus hombros levantar un mundo
Y le rindió su peso, y ha caído
Para no levantarse moribundo.

—
Un tiempo fué que un ángel de esterminio
La amedrentada tierra le creía,
Y resistir no osaba su dominio
Ni apelar de su injusta tiranía.

—
Pero no sabe España ser esclava.
Y con lucha titánica en que acaso
Su desesperación fuerza la daba,
De su carro triunfal detuvo el paso.

—
¡Gloria á mi patria! Ufanense sus hijos!
Ser de España es un título de gloria,
A pesar de los crímenes prolijos
Con que después oscureció su historia.

—
Pobre, inerme, cautiva entre cadenas,
Por su cobarde rey abandonada,
Agotada la sangre de sus venas,
De orín cubierta su guerrera espada.

Se alzó como león á quien procura
Astuto cazador atar dormido;
Un esfuerzo... rompió su ligadura
Y agitando la crin lanzó uu rugido.

Que los pasmados ecos repitieron
Del uno al otro mar. Guerrera toma
La espada que sus padres se ciñeron
Cuando lucharon con Cartago y Roma.

Alza el pendon que levantó Pelayo
En las rocas de Asturias, y al coloso
Va cual condor que provocando al rayo
Dirige el vuelo al cielo tempestuoso.

Puede quizá morir, no ser vencida;
Ni esclava puede ser de gente estraña,
Mientras un español quede con vida
Napoleon no reinará en España.

Veé, cada matorral y cada roca
Es el nido de un duro guerrillero
Que siete siglos á luchar provoca
Al génio vencedor del mundo entero.

Su deseo es morir como valiente;
Ser digno de su pátria, su esperanza;
Si nadie habrá que sus hazañas cuente,
Habrà quien á sus manes dé venganza.

Como en la caza al jabalí se ojea
Y en batidas se sigue al enemigo,
Y no hay un solo risco á quien Platea
No envidie el triunfo de que fué testigo.

Sexo y edad se olvidan en la fiebre
Que á la nacion abraza; el tardó anciano
Lleva á su hija menor á que celebre
Peleando el natalicio de su hermano.

La madre de la mano moribunda

De su hijo arranca el formidable acero,
Acudiendo á vengarle furibunda
Antes de darle el beso postrimero.

Y en las ciudades... inmortal Gerona,
¿Quién te puede olvidar? Ciña tu nombre
De el laurel de los héroes la corona
Cuyo eterno esplendor al mundo asombre.

Y tú, ciudad Cesárea, sin mas muro
Que el pecho de tus hijos denonados,
Cuyo estóico valor te dió el seguro
Tras de tus edificios desplomados,

Como la mar que furibunda ruge
El secular escollo contrastando,
Dos veces concentró todo su empuje
En deshacerte el enemigo bando,

Y dos veces venciste, que tu brio
La peste sola dominó.—Aun apenas
Te despuntaba el bozo, padre mio,
Y allí corrió la sangre de tus venas.

Tu nombre no escribió ninguna historia
Aunque conserva un rasgo de tu aliento;
Quizá de la fortuna hija es la gloria,
Y es un juego de azar su valimiento.

Rey y patria contigo ingratos fueron:
Ellos, los dos amores de tu alma,
Tu sangre que ambos mundos recogieron
Ni aun te produjo una gloriosa palma,

Oividado en la vida y en la muerte
Cual lanza rota en el combate impio,
Ni aun me ha dejado tu contraria suerte
Sepulcro en que llevarte, padre mio

En la terrible noche en que velando
Tu sueño eterno al lado de tu lecho

Estuve las heridas contemplando
Que hermoseaban tu valiente pecho;

—

En estas horas que al dolor profundo
Dan todos, mas que yo dí al pensamiento
Para poder comprarte en este mundo
El último, el mas triste alojamiento:

—

Noche en que ni una lágrima siquiera
Desahogó, revelando mi cariño
Mi corazon hinchado, noche fiera
Que bastó á convertir en hombre al niño.

—

Yo recorrí tu veneranda historia,
Los triunfos y las penas de tu vida,
Y procuré buscar en mi memoria
Qué galardón llevaste á tu partida.

—

Tan solo el que te daba tu conciencia
En tu pobreza, y el que darte debe
En un mundo mejor la providencia,
Si hay una que razón del mundo lleve.

—

Sirvió, dije, á los reyes de la tierra:
Ved el pago que dan. La ardiente hoja
Se aprecia quebrantándola en la guerra,
Después de rota con desden se arroja.

—

¡Padre querido! quiero consagrarte
Un postrero recuerdo funerario.
Si no tengo una tumba en que llorarte,
Mi corazon será tu santuario.

—

Silencio!.. Llegó el agosto
Momento en que se recoge
A orar la naturaleza
Al genio de los amores.
El mundo parece un templo;
Solo á lo lejos se oye
Melancólica campana
Que dobla en morena torre.
El cielo azul y diáfano

Con dudosos resplandores
Esmalta tímida estrella
Mensajera de la noche,
Y al occidente aun alumbra
Con rojo color de cobre
Del sol el postrer reflejo
Sobre los mares inmóviles,
Semejante á la memoria
Que cuando el genio se pone
Abandonando la tierra
Por otros mundos mejores
Deja tras sí, lentamente
Palidece, se recoge,
Y se disipa en la atmósfera
Dando lugar á la noche.

—

Todo es calma religiosa;
Quien tenga un alma, que ore;
Que es la hora de los recuerdos,
Una su espíritu el hombre
Al de la naturaleza
Y deje que se remonte
Al infinito su mente
Con la esencia de las flores.

—

¿Qué vision en el ocaso
Se eleva? ¿Es vapor informe?
¿Es la oracion de la tierra
O ángel de las ilusiones?
Blanca túnica le cubre
Y sus cabellos recoge
Con el lauro de los mártires
Con una estrella por broche.
Un poeta le creyera
El sueño de sus amores,
El alma de amante muerta
En su primavera, un joveu;
Napoleon le ve... sus ojos
Se dilatan, sus facciones
Palidecen... un suspiro
Hincha su pecho, é inmóvil
Sin poder hablar estiende
Los brazos... mas sin que torne
La vista, sigue ascendiendo
El ángel á sus regiones,
Y sueño ó vapor del agua,
Alma ú oracion del orbe

Cual la luz del sol se pierde
En las sombras de la noche.

—
El rey prisionero lanza
Suspiro que nadie oye,
Y que con las hojas secas
Lleva el viento de los bosques:

Su genio bueno huye al cielo
Y al huir le desconoce;
Su mal genio á su alma unido,
Sin que separarle logre,
Convierte su corazon
En un antro de dolores,
Y hace su vida cadena
De penas y confusiones.

CANTO CUARTO

Murió: solitaria tumba
En Santa Elena encerraba
Al que en su mano abarcaba
Del uno al otro confin;
Y el dueño del mundo un día,
El que tronos concedía,
Solo tuvo de limosna
Una tumba en que dormir.

—
Quizá al declinar la tarde
Algún inválido anciano,
A orar por su soberano
A su humilde tumba fué,
Y contemplando la losa
Dijo en su dolor profundo:
«Ved lo que queda en el mundo
De un gran imperio de ayer.»

—
Quizá tropezando en ella
Diria algun ambicioso:
«Quisiera seguir tu huella
Aunque á dar viniese aquí,
Que el pesar de haber caído
El que tan alto ha subido,
No le arrebatara el orgullo
De haber osado subir.»

—
Un rey de Francia á su patria
Llevó esta tumba gloriosa
Con gran pompa religiosa
Como un blason nacional,
Porque quiso en su recuerdo
Apoyar un débil trono
Que amagaba con su encono
La tormenta derribar.

Hoy la Francia le venera
Como un título de gloria;
La página de su historia
La mejor de todas fué;
Su nombre se encarnó en Francia
De tal modo, que no puede
Olvidarse mientras quede
Nombre del pueblo francés.

—
Que al divorciarse ambicioso
De la libertad del pueblo,
Todo su ardor amoroso
A su pátria convirtió.
En ella fundó su orgullo
Que hizo de ella un patrimonio,
Y constante testimonio
La daba de su afición.

—
Los antiguos monumentos,
Tesoros de las naciones,
De recónditas regiones
Para ornarla hizo traer,
Y con las joyas del arte
Su museo enriquecía,
Colocando cada día
Una nueva en su pared.

—
La dió un código y un ara,
La educó en el honor santo,
Y en la virtud que olvidára
En su febril conmoción.
Y la cercó de un ejército
Que su trono defendiera,
Y su tributaria hiciera
Cuanta tierra baña el sol.

Que quería que su patria
Como Roma se elevase,
Teniendo al mundo por base,
Pueblo de los pueblos rey,
Y que fuera mas honroso
En uno y otro hemisferio,
Que ser señor de un imperio,
Ser ciudadano francés.

Los pueblos son ambiciosos.
Quieren gloria á cualquier precio;
Dieron su sangre gustosos
Por ella á Napoleon,
Y en el día de victoria
Corrían como en Sparta,
La madre á cantar la gloria
Que su hijo la costó.

Aun el pueblo en sus canciones
Con orgullo le recuerda:
Su nombre entre sus blasones
Coloca en su ardiente fé;
Y un oscuro aventurero,
A ser fruto de su stirpe
Y de su nombre heredero,
Debe el imperio francés.

En la hora triste y sombría
En que en el espacio encuentra
El ángel del día que entra
Al del moribundo día.
Cuando en calma silenciosa
Mar y cielo, monte y llano
Yacen en el sueño, hermano
De la muerte misteriosa,
Derrama su luz de hielo
Tranquila luna argentada
Como lámpara colgada
De la bóveda del cielo.
El aire pesadas mueve
Anchas nubes que reflejan
Sus rayos y que semejan
Marinos montes de nieve,
Y la luna detrás de ellas
Se oculta á ratos, dejando
Solo la noche alumbrando

Tristes y escasas estrellas.
En esta fúnebre calma
En el hombre se suspende
La vida mortal, y asciende
A otras regiones el alma
Como un ángel desterrado
Que cobra su libertad
Y surca la inmensidad
Del espacio ilimitado.
Y desde la altura mira
Perdido allá en lo profundo
Del espacio á nuestro mundo,
Que entre yertas sombras gira.
Punto negro, astro apagado,
Parece que se derrumba
Como un anciano en la tumba
Por su propia edad llevado;
Y al verle el alma sonrie
Recordando cómo el hombre
En esta estrella sin nombre
Con su grandeza se engrie.
En la vida en que se azoran
Se asemejan los humanos
A la turba de gusanos
Que un cuerpo muerto devoran;
Y sueñan gloria y amores
Y placeres y martirios,
Y se ven en sus delirios
De la creacion señores.
Quizá presto un viento adverso
Se llevará de pasada
Esa hoja seca y ajada
Del árbol del universo,
Y el hombre ébrio de poder,
Morirá sin quedar huella
Ni siquiera de la estrella
En que ha recibido el ser.

En Waterloó, en el campo
Donde murió su gloria
Sepulcro de un imperio
Que esclavizó á la Europa,
Napoleon sus huestes
Con ronca voz convoca,
Espectro que reclama
Su ejército de sombras.
Entonces, como un día,
A la voz poderosa

De Daniel respondieron
 En sus lechos de roca
 Los muertos partidarios
 Del capitán de Córcega,
 Acuden presurosos
 Y en escuadron se forman:
 Armados esqueletos,
 Ensangrentadas momias
 Despliegan sus banderas
 Y sus caballos montan,
 Y detrás de su jefe
 Como en aquellas horas
 En que moderno César
 Los guió á la victoria,
 Por el diáfano espacio
 En confusion galopan
 Sobre el dormido mundo
 Que su revista ignora.

Como oleada de polvo su nube
 El zafiro del cielo oscurece,
 La fantástica nube parece
 De los diablos que al sábado van;
 Mueve el aire sus blancos penachos,
 Y sus armas bruñidas argenta
 Luna triste que al par trasparente
 Sus espectros cual blanco cendal.

Y recorren los yermos lugares
 De que aun guardan sus almas memoria,,
 Los lugares que vieron su gloria
 Cual su pérdida vieron despues;
 Y allí encuentran a nuevos guerreros
 Que murieron allí peleando,
 Y acrecido con ellos su bando
 Sobrepuja á los vivos tal vez.

Porque el hijo de Córcega el mundo
 Recorrió como ardiente centella,
 De ceniza y de sangre ancha huella
 Señalada dejando tras sí,
 Fué la tierra el panteon de su hueste,
 Hecatombe á su gloria ofrecida
 Que formó con la mas escogida
 Juventud de uno al otro confin

Él visita el Egipto sombrío
 Como un sabio en su oscuro desierto
 Por la sombra en su sueño cubierto
 Que sus altas pirámides dan;
 Ya pasó, ya es tan solo una tumba,
 Menos aun, un ruin cenotafio,
 Cuyo vano y pomposo epitafio
 Ni un cadáver oculta detrás.

Su simbólico poema de piedra
 Escribió, la escritura inventando,
 Y despues el cincel arrojando
 Quien lograra leerle esperó.
 Terminó su mision en la tierra,
 Y pasó cual la flor moribunda
 Cuyo palem la tierra fecunda
 Por el viento esparcido en redor.

Marcha á Italia, la hermosa cautiva
 Que al compás de su lira de oro
 Suspendido en sus ojos el lloro
 Canta mágicos himnos de amor.
 Vuelve acaso al pasado los ojos
 Y se esfuerza en romper sus cadenas,
 Pero pronto, olvidando sus penas,
 Continúa su amante cancion.

Viene á España, la hermana de Italia,
 El David que le hirió con su piedra,
 Y que ahora en sus furias se arredra
 Y en el triunfo detiene su pié.
 Ave nunca del nido salida,
 Es capaz de elevarse hasta el cielo,
 Pero antes que empiece su vuelo
 Duda y teme las alas tender.

Mira á Francia y sonríe... á Alemania
 Con su hueste fantástica llega,
 A Alemania que muda sosiega
 De sus nieblas ceñida en redor;
 Pais de sueño, Egipto moderno,
 De la ciencia árbol siempre fecundo,
 Con Lutero engendró un nuevo mundo,
 Nueva senda á la Europa marcó.

Y así corre hasta tanto que dora
 Con su blanda mirada el espacio,
 Nueva Venus, la pálida aurora,
 De la espuma naciendo del mar,
 No podrá reposar en la tumba
 Hasta tanto que muera la guerra
 E ilumine en su trono á la tierra
 El sol nuevo de la libertad.

—

La libertad, aspiracion divina,
 Fé del poeta, porvenir del hombre,
 Primer amor de mi inocente infancia
 Y mi última ilusion, mi único norte;
 La lira de mi alma cuyas cuerdas
 La tormenta rompió, ya no responde
 A otro eco que á tu voz; para ti sola

Tiene una fibra que suspira amores.
 Yo creo en tí y te adoro, si eres sueño.
 Si eres un fuego fátuo tras quien corre
 La loca humanidad, y que le guía
 A una tumba vacía y sin un nombre,
 Por ser la única hoja de mi alma,
 Arbol un tiempo ufano de sus flores,
 No te apartes de mí, lleva mi vida.
 Cuando como las otras me abandones.
 Yo quiero que tú brilles en mi tumba
 Lámpara eterna de mi eterna noche,
 Yo quiero que la cubras con tus alas
 Y sobre ella desolada llores;
 En cambio, si mi sangre necesitas,
 Por tí la verteré, fiel á tus órdenes,
 Y dulce me será morir pensando
 Que tú mi aliento al espirar recoges.

